

De la descripción de costumbres a una Teoría del Habitar

Roberto Doberti - Liliana Giordano

1. Algunas aproximaciones a la noción de teoría

No es casual ni totalmente ingenuo que nos propongamos abordar la noción de Teoría por medio de aproximaciones. La capacidad humana designada como pensamiento reflexivo o racionalidad se constituye en parte esencial de nuestra propia condición o identidad. Esta capacidad –que es a la vez rasgo diferencial– implica que los procedimientos directos, y en muchos aspectos automáticos, que derivan del instinto, sean sustituidos por otros procedimientos indirectos, mediatizados, en definitiva por rodeos. Construcción de procedimientos necesarios cuando la vida de la especie fue progresivamente alejándose de su anclaje en los instintos –altamente eficaces si las exigencias del medio son estables, provocando correlativamente la estabilidad de las reacciones– para aventurarse a través de respuestas más flexibles, menos seguras pero con posibilidad de crecimiento y acumulación.

La Teoría es el producto más elaborado y consistente de estas acciones reflexivas o racionales, de estas acciones que interpretan, abordan y transforman la realidad, no a través del enfrentamiento directo sino por medio de circunvalaciones, de aproximaciones variadas y progresivas. Se trata, entre otras cosas, de aplacar la ansiedad, la exigencia de soluciones inmediatas y ya a la mano, para sustituirlas por la templanza, por las técnicas de la estrategia, por la confianza en la elaboración de respuestas más complejas pero más eficaces.

Adoptemos, entonces, una actitud teórica para abordar la noción de Teoría, no intentemos una respuesta directa o inmediata –diccionarios y enciclopedias ya han cumplido con esas expectativas– ni siquiera pretendamos hacer una teoría sobre la Teoría. Hagamos un rodeo más amplio, un abordaje más indirecto, acercamientos desde ángulos menos previsibles.

No se trata de un deseo insensato por alargar el camino ni de un mero afán de sorprender o innovar; intentamos una aproximación útil, provechosa. Las esquemáticas y diversificadas definiciones de los diccionarios producen más perplejidad que conocimiento, los vericuetos de las metateorías, también diversas y hasta contradictorias, exigen haber realizado ya el acceso a la Teoría y casi seguramente la experiencia del teorizar.

Queremos imaginarnos antes del acceso y la experiencia, queremos propiciar ese acceso y esa experiencia; tampoco somos demasiado humildes ni nos remitimos a receptores novatos o inexpertos. Como dijimos no hay ingenuidad ni tampoco hay una falsa elementalidad en nuestro enfoque: la Teoría exige una permanente renovación de su acceso y su experiencia, a la Teoría se entra todos los días y es virgen su experiencia en cada desarrollo, la Teoría no se deja dominar ni domesticar, quien supone que ya se ha instalado en ella y es dueño de su experiencia sufre la irremediable, inexorable consecuencia de confundirla, degradarla, en definitiva, de perderla.

Nos aproximaremos entonces por otra vía, por la vía de la metáfora, camino no muy original, pero tampoco muy caprichoso, dado que sólo seguimos los pasos de una legión de pensadores.

Metáfora de la placa translúcida

¿Qué puede hacer la Teoría con aquello que se propone estudiar en este caso con el Habitar?. En primer lugar, no dejarlo pasar inadvertido, rechazar la comodidad de no hacerse problema, es decir, debe mirarlo, memorarlo, hacerlo cuestión. En segundo lugar, no oponerse al Habitar, no impedirlo ni prescribirle su recorrido, ni tampoco desmembrarlo según cánones disciplinares ajenos a su propia indagación. En definitiva, presentar una sutil resistencia al Habitar que permita mirarlo para intentar su comprensión.

La Teoría del Habitar debe aspirar a convertirse para el Habitar en lo que la placa translúcida es a la luz: iluminada por aquello que estudia, manifestación y análisis de la luz y, a la vez, manifestación y análisis de la propia placa donde la misma luz señala los nudos de excesiva dureza y los sectores con distintos grados de homogeneidad.

La Teoría solo se puede constituir con una actitud que resulte equivalente a la translucencia. Deberá evitar la equiparación con la transparencia del vidrio donde la luz pasa sin dejar ninguna información porque no se transforma, siguiendo una operatoria de atravesamiento que tampoco dice nada acerca de la placa. Evitará también la asociación con la opacidad, donde la luz rebota sumiéndonos en la oscuridad, sin haber podido interesar a la placa en las profundidades de su materia constitutiva.

2. Noticias acerca de la Descripción de Costumbres

Se pueden reconocer aportes para una Teoría del Habitar provenientes de muy distintas disciplinas –filosofía, sociología, psicología, antropología, etc.– pero existe un campo tradicional de producción que se constituye en antecedente directo, en algunos aspectos valioso y en otros marcadamente insuficiente: se trata de la *Descripción de Costumbres*.

Esa modalidad discursiva –la Descripción de Costumbres– fue ejercida muchas veces asumiendo la denominación, reconociéndose en su especificidad y por otro lado, en otros casos aparece bajo otros nombres y en contextos que la hacen menos explícita aunque no necesariamente menos aportativa. Así se la puede ver incluida en los llamados *Relatos de Viajeros*, en segmentos de textos de Historia bajo títulos diversos: *Usos y Costumbres*, *Tradiciones* o *Vida Cotidiana* y actualmente bajo la forma más elaborada de *Vida Privada*, asimismo suele presentarse no como capítulo o temática diferenciada, sino intercalada como información complementaria cuando incide de manera directa en los sucesos políticos o militares. También asume figuras y géneros de la narrativa

en la *Literatura Costumbrista* o menos ostensiblemente en la *Novela Realista*; por último hay gran cantidad de trabajos de Descripción de Costumbres en el ámbito del periodismo en columnas que suelen llevar títulos tales como *Crónicas*, *Recuerdos*, *Apuntes*, etcétera.

Es valioso el efecto que producen todas estas modalidades de la Descripción de Costumbres si atendemos a dos aspectos. Por un lado, muestran, exponen, ostentan, las diferencias en los usos y costumbres –los hábitos– que se manifiestan cuando se desplazan las coordenadas de tiempo y espacio. Lo cotidiano, tan naturalizado, tan desapercibido porque parece responder al simple ser así de la vida y al simple estar ahí de las cosas, tiene un primer choque, un primer llamado de atención, cuando se exhiben modos y organizaciones diversas de las costumbres. Basta desplazarse en el tiempo –y de ahí el privilegio del memorioso o del historiador para estos menesteres– o en el espacio –y entonces la relevancia del viajero, del explorador– para observar con alguna extrañeza nuestra propia condición, o mejor para alertarnos acerca del modo en que estamos condicionados.

Por otro lado, la Descripción de Costumbres recupera un importante nivel o dimensión de lo concreto, aquél que vincula las actividades humanas con las configuraciones de la espacialidad, con los equipamientos requeridos. Así las costumbres aparecen asociadas con los ámbitos edilicios y urbanos o rurales en que se desarrollan, con los objetos que participan –sean mobiliarios, utensilios, herramientas, etc.– con la indumentaria que se porta, y en definitiva con la compleja realidad perceptual que se manifiesta espacialmente. Se rescata precisamente el nexo entre actividades humanas, con su carga de valores y su tendencia al esquematismo idealizante, con la inmediatez corporal que impone la espacialidad.

Ya en el título del trabajo propusimos un tránsito que va de la Descripción de Costumbres a una Teoría del Habitar, y hay que leer este tránsito como superación, como aceptación de una base de lanzamiento que, sin embargo, es necesario dejar atrás. Más cercanamente dijimos que veíamos en ese punto de

partida un valioso antecedente, en términos de aportes y de orientaciones, pero también marcadas insuficiencias.

La Descripción de Costumbres se manifiesta atendiendo siempre a lo ajeno, descubre las costumbres en lo extraño, lo exótico, lo insólito. En el afán del viajero o el memorioso por mostrar lo inesperado les pasa desapercibido lo cercano; en el límite *costumbres* serían las de los otros, nuestro acontecer sería tan espontáneo, lógico y adecuado que no merece atención. Contradictoriamente, lo acostumbrado no sería costumbre y sólo lo insólito, no lo que suele suceder, se inscribe como uso. Se ingresa así en un discurso dispuesto a poner en foco solamente lo lejano, en un discurso que ya no puede recuperar precisión de la cercanía, que se obnubila en elogios o diatribas sobre lo otro, que se enajena en la fascinación por lo distante y propicia desinterés por el entorno propio.

La insuficiencia de la Descripción de Costumbres es además consecuencia de otras causas. Entre ellas es importante el carácter asistemático que parece serle propio, con la correspondiente falta de rigurosidad en la definición de categorías y de los criterios de análisis y de valoración. Si bien la manifestación de las diversidades culturales a través de las costumbres es uno de sus principales valores, la ausencia de principios conceptuales básicos que organicen el discurso tiene como resultado que cada caso se convierta en una isla, sin comunicación ni comparación posible con otros, cada costumbre que se anota se incorpora no a estructura de sentido sino a una colección o rosario de *curiosidades*. En ese filo, en ese borde de inestabilidad, en el que aquello que se podría perfilar como elemento clave y esclarecedor de un orden cultural está permanentemente acechado por su inclusión en una lista de *curiosidades* se sitúa la necesidad de las precisiones teóricas que la Descripción de Costumbres no puede construir.

Así la Descripción de Costumbres se condena a la superficialidad, a contentarse con ser una observación que no se entiende como paso a una comprensión profunda, a preferir la satisfacción del coleccionista en lugar de la rigurosa urgencia por saber propia del teórico, a elegir la distancia del paseante

en lugar de una inmersión en el mundo social exigente de conocimientos para preservar y para transformar.

Muchas de las limitaciones de la Descripción de Costumbres provienen de la noción misma de *descripción*. La idea de descripción supone una suerte de relevamiento simple y neutral de lo que pasa, sostiene la ilusión de funcionar como *espejo* en el que se refleja la realidad. El problema reside, en primera instancia, en la renuncia o el rechazo a funcionar como *mirada*, es decir como instrumento que elige, delimita, organiza y, en cierto sentido, construye su objeto de estudio. La mirada cuando es consciente de sí misma reconoce los ámbitos de su pertinencia, sabe que inevitablemente es intencional y selectiva, que es herramienta activa, atenta a corregir sus posibles desviaciones, pero ajena al campo de la recepción pasiva de información.

En última instancia, las insuficiencias que residen en la noción de descripción son más graves porque suponen y proponen una imposibilidad: el mero registro de datos. Suponen y proponen que la observación puede y debe ser neutra, que la interpretación y elaboración de la realidad puede no ser necesaria, en rigor con la noción de descripción se fantasea con la eliminación del lugar y el sentido de la mirada.

Probablemente la insuficiencia, o mejor aún la distorsión mayor, radique en el valor o lugar que se asigna a la noción de costumbre. Se trata, en realidad, de una subvaloración, de una localización en el campo de lo secundario, lo complementario. Las costumbres así tratadas –superficialmente, sin rigurosidad conceptual, intento de confeccionar un simple inventario, sin intencionalidad ni aguzamiento de la mirada– se convierten en un apéndice de ilustraciones que alivianan la lectura, meros agregados que pueden obviarse. Se cierra así el círculo que limita decisivamente el sentido de la Descripción de Costumbres, demarcándole un lugar, lugar tanto dispuesto externamente como aceptado por la misma lógica de la Descripción de Costumbres: estamos en el lugar del anecdotario, del divertimento, del exotismo, de la trivialidad.

Con todo, no es poca cosa el legado de la Descripción de Costumbres: se trata de antiguas y tradicionales literaturas, de crónicas y testimonios, de chismeros y fantasías que componen un primer paso, una clara incitación para la elaboración de una Teoría del Habitar. Conllevan y disponen una primera atención a los modos de Habitar, una primera y necesaria acción para dar espacio al espacio, para que las espacialidades concretas de los pueblos ingresen a la consideración y a la conciencia de su incesante reelaboración.

3. Noticias acerca de la Teoría del Habitar

Una Teoría del Habitar debería contener y ampliar los aspectos valiosos y superar las insuficiencias de la Descripción de Costumbres. Para ello tiene que poder plantear y alcanzar complejos y difíciles objetivos.

La primera condición que requiere toda Teoría del Habitar es reconocer la dificultad de su tarea, metafóricamente podríamos decir que debe reconocer la dificultad de habitar el Habitar. La cercanía del Habitar no puede llamar a engaño: no está a la mano, no basta con abrir los ojos para verlo. Precisamente es su proximidad, su permanencia, su condición necesaria y obligada, lo que convierte al Habitar en algo difícil de aprehender, de reconocer en su legalidad íntima, en su estructuración específica. Podemos conjeturar, sin mucho riesgo y con ejemplos relevantes a favor, que lo más misterioso e ignoto se encuentra tanto en las fronteras de la percepción –por lejano, inmenso o minúsculo– como en la proximidad que nos invade, en la aparente familiaridad que no estimula la sospecha sobre su estructuración real.

A partir de ahí se trata de instalar, de hacer presente al Habitar, sabiendo que aunque es cotidianamente experimentado también resulta escabullido, disuelto, segmentado y neutralizado en la reflexión teórica. Parece haber disciplinas y estudios acerca de muchos aspectos parciales del Habitar pero carecemos de un cuerpo de saberes que se haga cargo de su integridad. Tal vez el Habitar sea tan inherente a la condición humana –dado que habitamos todos y

habitamos siempre— que su reconocimiento exige alguna especial concentración o intensidad de la conciencia. Tal vez el Habitar para los humanos se asemeje al agua para los peces, capaces de detectar sus variaciones pero no de imaginar su entidad ni de sospechar su ausencia.

Si de algo no se plantea su ausencia tampoco se perfila su presencia; sin embargo, puede imaginarse que los peces saben del agua cuando encuentran algo que limita la existencia del agua, cuando chocan contra el fondo rocoso del mar o emergen súbitamente sobre la superficie líquida; de manera semejante es para nosotros la conciencia de muerte, la oclusión del Habitar, lo que se constituye en condición de posibilidad para elaborar una Teoría del Habitar.

Instalada y reconocida la persistente presencia de la problemática del Habitar, se trata ahora de mostrar y demostrar que su incidencia no se limita al campo reflexivo sino que opera fuertemente sobre las prácticas que prefiguran y habilitan las espacialidades en las que se concreta cada modalidad de Habitar. Una manera más precisa de enunciar esto señalaría que la reflexión sobre el Habitar exige, en nuestra perspectiva, su incidencia en la Arquitectura, el Diseño y el Urbanismo, regenerando la correlación teoría/práctica para que una no sea mero devaneo intelectual y la otra no sea actividad ciega a las razones de su existencia y a las consecuencias de su ejercicio.

Aunque esto puede sonar como una verdad de Perogrullo, las profesiones de la Arquitectura, el Diseño y el Urbanismo tienen como razón de ser, o como objetivo esencial, la construcción de los marcos que habilitan y delimitan el Habitar. Su destino último no puede describirse sino apelando al mandato de utilizar sus saberes técnicos para procurar modos de Habitar más plenos, más abiertos, más solidarios y más equitativos. Sin embargo, nuestras disciplinas parecen muchas veces alienadas en preocupaciones tecnológicas, estéticas o de simple acatamiento a los designios provenientes de la lógica financiera, olvidando o relegando en el interior de su accionar las cuestiones relacionadas con el Habitar. Así es frecuente ver en la producción arquitectónica, tanto

grandilocuencias tecnológicas y formales desligadas de las calidades del Habitar –y en muchos casos hasta devastadoras en ese esencial sentido– como seguimientos irreflexivos y mecánicos de criterios puramente dimensionales que responden a parámetros solamente adecuados para determinadas lógicas culturales del Habitar.

Se pueden establecer dos instancias o etapas: una primera que atienda a la incidencia y relevancia del Habitar en el ejercicio de la Arquitectura, el Diseño y el Urbanismo, y una segunda instancia en la que se asuma que la reflexión sistemática y rigurosa sobre el Habitar posibilitará ejercicios más eficaces, más críticos y más conscientes de dichas disciplinas.

Si se instala y acepta la presencia del Habitar y también la posibilidad y necesidad de su indagación rigurosa, es decir de la constitución de una Teoría del Habitar, queda por ver en qué marcos o ámbitos se la puede encarar con más éxito.

Ya hemos señalado los nexos de una Teoría del Habitar con múltiples disciplinas tales como la sociología, la psicología, la antropología, la economía, la filosofía y fatalmente otra más, porque son muchos los campos desde los que se puede aportar a su elaboración. Nosotros creemos que esto es un indicio suficientemente claro acerca de la necesidad de pensar en términos interdisciplinarios, pero se debe apuntar aún más allá; no basta con relacionar conocimientos provenientes de distintas ámbitos ni con disponerse a realizar nuevas elaboraciones a través de la acción conjunta de múltiples especialistas. El desarrollo de la Teoría del Habitar posiblemente exigirá la producción de un salto, de un estar más allá de las disciplinas preexistentes para constituir una verdadera transdisciplina. Importa destacar, por lo señalado más arriba, que las disciplinas con responsabilidad directa en la prefiguración y construcción del hábitat tienen acá una responsabilidad inexcusable.

La primera pregunta que suele hacerse –y en nuestro caso que debe impugnarse– acerca de una disciplina es cuál es la naturaleza de su objeto de indagación. La impugnación va a puntear sobre los términos *naturaleza y objeto*.

Dejemos en claro que el Habitar no se inscribe ni pura ni prioritariamente en el campo de la naturaleza sino en el de la cultura o la socialidad. Habitamos, y solo habitamos los humanos, porque somos la única especie que carece o ha renunciado a un hábitat natural, porque estamos capacitados y obligados en todo momento a definir, es decir a establecer culturalmente, nuestras condiciones de Habitar. Pero tampoco Habitar es un objeto, por lo menos en el sentido habitual del término, en el sentido que lo distingue y lo separa del sujeto y en el sentido que le confiere una entidad estable, fácilmente recortable y presuntamente manipulable sin mayores compromisos personales.

La Teoría del Habitar centra su estudio en una *práctica*, en una construcción social, con la necesaria interacción entre sujetos y objetos y con la flexibilidad propia de lo que discurre por la Historia. En rigor, la cuestión es todavía más compleja porque el Habitar es una *macropráctica*, es una de las áreas en la que se inscriben todas las prácticas sociales específicas, y por eso tanto cabe decir que discurre por la Historia como entender que es un cauce por el que fluye la Historia.

La noción de Práctica Social –con la que seguiremos trabajando más adelante– es de enorme importancia y potencia y ya veremos cómo incide en la concepción de lo Real y en la lógica de la organización de los saberes, pero con lo dicho podemos anticipar que una relevante y legítima interpretación de la Teoría del Habitar es aquella que la entiende como una Teoría Espacial de las Prácticas Sociales.

Estas noticias acerca de la Teoría del Habitar informan inicialmente sobre su posibilidad de existencia, luego sobre su conveniencia y hasta su necesidad y culminan remarcando su fundamental importancia. El Habitar es una macropráctica que debe ponerse en correspondencia con el Hablar, la otra macropráctica con la compone los dos Sistemas de Significación que nos definen y nos constituyen como seres humanos.

En el sentido estricto y específico que le estamos dando aquí a los términos sólo hablan y habitan los humanos. El sentido preciso en el que encuadramos esta enunciación es aquél en que Hablar y Habitar no son dotaciones fijas y estables que provienen de los instintos naturales sino elaboraciones sociales, ampliamente diferenciadas según distintas configuraciones culturales, siempre mutantes a través del tiempo aunque con ritmos diversos. Hablar y Habitar tienen fuertes isomorfismos pero también diferencias estructurales, Hablar y Habitar requieren estudios que reconozcan, a la vez, el carácter peculiar de cada uno de ellos y la potente interacción que producen. Es necesario rechazar las respectivas ideas de una pasiva descripción del mundo y una pasiva adecuación al medio; rechazo que parece obvio a poco que se analicen los posicionamientos frente a la realidad que emergen de los distintos modos de Hablar y Habitar. Sin embargo, es imprescindible realizar dicho rechazo por la insidiosa persistencia y presencia, explícita o implícita, de tales ideas montadas en un uso ideológicamente organizado de la asimilación de la inamovilidad de las leyes naturales al campo social.

La Teoría del Habitar es de fundamental importancia no sólo porque trata acerca de una de las dos dimensiones básicas que nos constituyeron como especie sino porque se propone como una vía para analizar y canalizar las acciones concretas que necesitamos para sostener y plenificar nuestra condición humana.

Junto a la importancia que asignamos a la elaboración de una Teoría del Habitar tenemos que indicar alguna de sus consecuencias en el campo epistemológico: un poco irónicamente podríamos hablar de sus catastróficas consecuencias. Dijimos que la Teoría del Habitar trata sobre una macropráctica y subrayamos la jerarquía conceptual de la noción de Práctica Social. No es difícil verificar que de los planteos realizados se deduce que no sólo la Teoría del Habitar desplaza su origen y sentido de un objeto a una práctica –para nuestro caso a una macropráctica– sino que toda teoría está fundada y orientada por alguna Práctica Social, porque es en ellas donde se instituyen las unidades de análisis, los

métodos legitimados, los instrumentos materiales y conceptuales que permiten operarla y el reconocimiento de su producción y de sus productores.

El anclaje de las teorías en Prácticas Sociales provoca esas consecuencias destabilizantes o catastróficas a las que aludimos antes porque se desacomoda así el ya tradicional ordenamiento disciplinar –o en otras palabras la clasificación y división de las ciencias– con una alteración profunda de la base epistemológica, dado que cambia el propio criterio clasificatorio y originante de las mismas. La secuencia lógica pone en cuestión la misma noción de teoría, discute los criterios y sentidos del establecimiento de límites o fronteras entre ellas y, quizá lo más inquietante, re-anuda y re-significa la relación teoría/práctica.

Para completar estas cuestiones preliminares –y por eso tan determinantes– cabe preguntarse por qué si hemos mostrado –y tal vez demostrado– la presencia del Habitar con sus dos caras, una de observabilidad directa y otra de profundos secretos, si de igual manera hemos avanzado en relación con su relevancia, con su ubicación preferencial tanto en la constitución como en la calificación de la condición humana, sin embargo, no ha habido hasta ahora desarrollos continuados y reconocidos de Teoría del Habitar. También cabe inferir que las razones deben venir de lejos y deben tener sus bases en lugares prominentes de la filiación filosófica, científica y cultural que construye y convalida los reconocimientos y sitios de los saberes. En definitiva, por venerable y productiva que sea la línea de filiación de la Sociedad Occidental, las causas de la dificultad o negación a establecer una Teoría del Habitar son de carácter ideológico, de supuestos y valoraciones contruidos y establecidos hace mucho tiempo y cada vez más consolidados por su permanencia tradicional.

Entre esas razones potentes y lejanas, devenidas hoy en aparato ideológico, merece destacarse una primera y fundante: la sobrevaloración del Tiempo por sobre el Espacio que hace la filosofía griega en su corriente central u oficial. Platón y Aristóteles –que aun con sus grandes diferencias componen el arco de la fuente legitimada del saber– serán herederos del Ser predicado por Parménides.

Se trata de un Ser entre cuyos atributos se destacan la eternidad y la inmovilidad, es claro que desde esa concepción la espacialidad no puede aspirar a mucho y consecuentemente se la diluye en la diversidad de lo accidental, lo secundario, lo contingente. Más de veinte siglos después la abstracción geometrizarante del Espacio realizada por Descartes –donde las espacialidades se reducen a los atributos dimensionales propios de las *res extensa*– se convertirá en origen y paradigma de la filosofía y la ciencia de la modernidad occidental.

Una Teoría del Habitar tiene la misión de recuperar un espacio para el Espacio, con procedimientos conceptuales apropiados tanto para su montaje como para el desmontaje de los obstáculos ideológicos. Una Teoría del Habitar no puede ser ingenua al respecto: debe respetar, valorar y superar esas tradiciones filosóficas pero debe ser consciente que sobre ellas se apoyan ordenamientos sociopolíticos que las convalidan, las remodelan y sobre todo las aprovechan para su propia legitimación y operatividad. Recuperar el espacio para el Espacio es, entonces, ardua pero necesaria tarea.

4. Noticias acerca de los principios o fundamentos de una Teoría del Habitar

Ahora vamos a establecer, o mejor a proponer, algunas bases y temáticas que nos parecen iniciales y también aquellas que creemos esenciales.

En tal sentido empezaremos por aclarar por qué hablamos de *una* Teoría del Habitar –salvo cuando las estructuras sintácticas nos lo impiden– y no de *la* Teoría del Habitar. En este estadio de desarrollo lo mejor que le puede ocurrir a la conceptualización del Habitar es que florezcan varias posturas distintas; serán sus compulsas y comparaciones, sus imbricaciones y mixturas las que agregarán solidez, capacidad explicativa y eficacia propositiva al conjunto. Nunca los campos, teóricos están más vivos que en los momentos de su nacimiento y durante la confrontación de alternativas distintas; nuestra expectativa es que ambas instancias confluyan alrededor de la teorización del Habitar.

Aunque ya anticipado más arriba es conveniente establecer como principio la ubicación del Habitar como Sistema de Significación. Esto no implica, de manera alguna, renegar de las condiciones concretas y materiales del Habitar, tampoco se trata de negar o menospreciar las bases biológicas que nos insertan en el mundo natural. Se trata sí de reconocer que todo ello se traduce según la lógica de la significación y desde ella se lo opera y califica. Se trata también de reconocer que esa ubicación no es una decisión *teórica*, que no es una alternativa que podemos elegir o denegar sino una condición establecida por nuestra realidad inexorable de seres humanos.

Ubicamos al Habitar como un Sistema de Significación y además como uno de los dos grandes sistemas que nos constituyeron y nos sostienen como humanos. El escalón diferencial respecto de todas las otras especies está definido por la construcción, la preservación, la proliferación y la amplitud de la capacidad designativa de las voces a través de las cuales se instauro el Hablar y por la similar construcción, preservación, proliferación y amplitud de la capacidad operativa de los utensilios y los ámbitos con los que se instauro el Habitar.

También conviene establecer que junto a las similitudes y la acción conjunta del Hablar y el Habitar debe reconocerse la especificidad del Sistema del Habitar, su irreductibilidad básica. Simplificando y esquematizando la cuestión podríamos decir que el isomorfismo esencial entre ambos sistemas reside en que la existencia, la posición y el sentido de los elementos que lo componen se constituyen por convención, por acuerdo social.

Estas convenciones o acuerdos no son contratos, en el sentido de pactarse libre y conscientemente, por el contrario en toda la experiencia social los encontramos ya instalados, configurando el marco o encuadre que organiza nuestra interpretación de la realidad. Es un acuerdo del que no importa su origen –más bien de un acuerdo que se coloca como realidad intrínseca– el que asigna a un grupo o segmento fónico su correspondencia con una designación, y también es un acuerdo al que encontramos ya imperante el que asigna a una

conformación, es decir a una determinada selección y distribución de ámbitos y objetos, su correspondencia con comportamientos o conductas. Así es la voz *templo* la que nombra a ciertos edificios con sus equipamientos, y es esa *conformación templo* la que indica, predispone y dispone ciertos y determinados comportamientos.

Con el mismo nivel de esquematismo podemos decir que la diferencia primaria entre ambos sistemas –en su estructura lógica puesto que en la material es manifiesta– radica en que mientras en el Hablar la codificación o correspondencia es generalmente arbitraria, de modo que en principio a cualquier grupo fónico podría corresponderle cualquier significado, en el Habitar la correspondencia entre conformaciones y comportamientos preserva y ostenta requerimientos concretos propios de la espacialidad.

Hablar y Habitar son conformados por la actividad humana y, a la vez, son conformadores de esas actividades, somos hablantes y actuantes de los códigos y, a la vez, somos hablados y actuados por los códigos sociales: Hablar y Habitar son nuestros hijos y son nuestros padres, constituyen –en este orden metafórico– una pareja de la misma especie y de distinto género.

Hablar y Habitar *contexturan* la socialidad, en el sentido de funcionar como *contexto* y también como *textura* de la vida social, como su marco y su calificación.

La vida social, continente y contenido del Habitar, será entendida a fin de constituir una Teoría del Habitar a partir de las Prácticas Sociales. Veremos, entonces la socialidad como una totalidad constituida por Prácticas Sociales, complejamente organizadas; esta organización contiene relaciones de inclusión, de intersección, de derivación, de preeminencia, de mutua interdependencia, etcétera.

Las Prácticas Sociales, como ya dijimos, son el marco, la posibilidad, la matriz de los sistemas significantes del Hablar y del Habitar. Las Prácticas Sociales

no tienen límites precisos entre ellas: las fronteras resultan permeables y elásticas, guardan en su interior sectores que muchas veces alcanzan autonomía y se establecen como prácticas deslindadas o subordinadas. Las transformaciones técnicas, económicas, religiosas, políticas, científicas, hacen aparecer nuevas prácticas, modifican otras anteriores y hacen vacilar y reacomodarse a extensas regiones del mutable mapa de las Prácticas Sociales.

Con esta guía podemos visualizar y conceptualizar la multiplicidad e interconexión de prácticas ejercidas en una sociedad. Se trata de los recursos para reconocer a los participantes en cada práctica, definir la función y sentido primario de la participación, mostrar la necesidad de concertación y distinguir los grados de libertad o sometimiento delimitados por cada concertación. Se trata también de atender a las diferencias de roles, funciones y jerarquías de los distintos participantes, en innumerables prácticas que recorren la escala que va de lo individual a lo multitudinario, dentro de las cuales definen su participación, la certifican y efectivizan siendo actantes y hablantes, o mejor aún, siendo interactuantes e interlocutores.

Dada la amplitud de la noción de Práctica Social será necesario definir algunos de sus rasgos o atributos importantes en el marco de una Teoría del Habitar. Las Prácticas Sociales constituyen el modo primario y decisivo en que se repertoriza lo que se hace en cada ámbito cultural. Se trata de un conjunto de acciones con cierto grado de totalización o completud, es decir de un conjunto de acciones portador de sentido. Son entonces las unidades reiteradas, identificadas, nominadas y reconocidas por un cuerpo social, entidades en cuya composición ingresan ciertos *discursos* –selecciones en el Sistema del Hablar– y ciertas *actuaciones* –selecciones en el Sistema del Habitar–.

Con el ingreso de los discursos y las actuaciones se evoca casi inevitablemente la práctica teatral. El teatro es una cantera o una fábrica de orientaciones para una Teoría del Habitar. En el teatro se provoca un Habitar de muy especiales características, estamos frente a una escena habitada que

alude, refiere, menciona, mimetiza otro Habitar, frente a una *representación* que modifica las nociones de tiempo y espacio a través de la reiteración de las escenas y de la concentración en el escenario de espacialidades dispuestas para ser vistas desde el afuera constituido por la platea. En esta explícita y acordada suspensión de la verdad –que implica y obliga también a una suspensión de la incredulidad– las Prácticas Sociales son expuestas e indagadas, simbolizadas y transformadas, habilitando un lugar privilegiado para descubrir –por detrás de esa verdad suspendida– otras dimensiones verdaderas del Habitar.

4.1. De las practicas sociales y su estructuración en niveles

Una Teoría del Habitar tiene que partir, en nuestro enfoque, de las Prácticas Sociales. Por ello además del esbozo de definición que anticipamos, de esas caracterizaciones generales que indicaban algunos rasgos preponderantes, tenemos que avanzar en su estructuración interna.

Muy concretamente planteamos que las Prácticas Sociales se estructuran según tres niveles que denominamos Normativo, Justificativo y Significativo. Una cuestión primaria y decisiva es que esta organización se sitúa, a su vez, en tres planos o dimensiones diferenciadas: en el plano metodológico –puesto que constituye el instrumento adecuado para el análisis de las Prácticas Sociales– en el plano teórico –dado que sostenemos que los niveles no son sólo categorías de análisis sino estructura intrínseca de las Prácticas Sociales– y en un plano que podríamos llamar ontológico o metafísico –porque es a través de la lógica de estos niveles como se instaura y organiza el orden de lo Real–.

Estos tres niveles –estructurantes de las Prácticas Sociales y también de su estudio integral– ordenan los discursos acerca de dichas prácticas, los abren y los deshomegeinizan, de modo que cualquier enunciación cobra su sentido en el marco del nivel en el que se inserta.

Será tan decisivo reconocer y distinguir los niveles como verificar y especificar sus interrelaciones; para imaginar estas relaciones de diferenciación y

vínculo, de análisis y estructura propia de lo analizado, puede ser útil desarrollar la analogía con los geometrales o proyecciones ortogonales.

Las proyecciones de un objeto sobre los planos de un triedro de referencia: proyección horizontal, frontal y lateral, comportan un procedimiento de estudio del objeto y, a la vez, si el objeto fue pensado en el marco de la espacialidad cartesiana, las proyecciones son concordantes con los límites, estructuración interna y criterios de concepción de dicho objeto. Las proyecciones no deben ser confundidas ni mezcladas, los trazos se inscriben en uno u otro de los planos, pero asimismo las proyecciones no pueden emanciparse totalmente, no es posible eliminar u olvidar alguna proyección sin mutilar y hacer ambiguo al objeto.

El objeto no puede reconstruirse sin poner en relación sus distintas proyecciones, porque sólo su concertación, su incidencia conjunta da cuenta de sus formas, e inversamente, las proyecciones “devienen” del objeto, sea éste preexistente o prefigurado.

Por otra parte, según el supuesto que hemos mencionado, las proyecciones manifiestan, organizan, caracterizan y hasta originan al objeto, en definitiva es lo que queremos indicar al decir que lo estructuran. Las proyecciones no son partes del objeto, éste no está compuesto por ellas; no se trata de su deslinde en componentes o sectores parciales, en objetos menores que constituyan luego al objeto total; se trata de una lectura que descubre los criterios de gestación e interpretación de ese objeto.

Hasta aquí lo analógico con los niveles de las Prácticas Sociales; la diferencia irreductible es que mientras puedo realizar o imaginar un giro del objeto en el espacio y entonces las proyecciones se intercambian, los niveles de las Prácticas Sociales son distinciones propias de su campo, no son intercambiables, los niveles no dependen de algún marco de referencia: son el marco de referencia, son los lugares posibles del ejercicio y análisis de las Prácticas Sociales.

Para iniciar el tratamiento del Nivel Normativo atendamos al hecho de que una Práctica Social, para ser tal, requiere ser reconocida, ejercida y convalidada por una sociedad, es decir que tiene que ser entendida como algo “normal”; lo que implica que debe encuadrarse y cumplir normas, pero esta consecuencia no cobra en el ordenamiento social la claridad y pulcritud con que aquí la enunciamos.

Tan normales, en el sentido de habituales, reiteradas, esperadas, se manifiestan las prácticas sociales que no resulta evidente que su ejercicio está reglado, sino más bien parecería que aquello que se hace y dice cuando se participa en ellas es *simplemente apropiado a su fin, es natural y espontáneo*.

Es también cierto que si la condición reglada de las prácticas sociales no es patente, tampoco es totalmente oculta. En distintas prácticas hay diversas normas que son expresas, reconocidas y en algunos casos tan explícitas que asumen la forma de “reglamentos”, “ordenanzas” o “leyes”.

Las normas se hacen más claramente presentes cuando se produce su incumplimiento que cuando simplemente se las acata. Cuando la norma es violada hay sanción, penalidad, castigo, sea a través de estipulaciones del derecho positivo o sea a través de modos menos determinados y quizá más eficaces, tales como la reprobación por parte de superiores, segregación ejercida por el grupo de pertenencia, sugerencias o amenazas para promover la vuelta a los carriles, etcétera.

Las prácticas de las que estamos hablando son sociales porque aunque siempre está predispuesta la penalidad por la transgresión de las normas, también siempre se producen transgresiones y porque inexorablemente hay casos de transgresiones exitosas que entonces pasan a ser nuevas normas; articulando la socialidad según el principio esencial de la historicidad, de la mutabilidad, de una incesante transformación según deseos e intereses, que recorren tonos tan divergentes como la sordidez, la imaginación, la locura o la solidaridad.

Si la existencia de normas que reglamentan las prácticas sociales suele verse como una limitación al libre ejercicio de la voluntad es necesario entender que las prácticas requieren ser normadas, que sólo son posibles por la existencia de reglas. Tener la destreza adecuada en el manejo de las normas, se sea o no consciente de ello, es la condición misma del ingreso y la pertenencia a la socialidad.

El Nivel Justificativo de las Prácticas Sociales es aquel que da cuenta del por qué de las normas, que las explica y avala.

Se trata de un nivel estructural de las Prácticas Sociales en el que las normas que las rigen –que reglan sus discursos y actuaciones, sus aceptaciones y restricciones, sus distribuciones y secuencias– se muestran y despliegan como derivaciones de ciertos principios, como consecuencias de ciertas razones o causas que las sustentan o las ocasionan.

Las justificaciones pueden derivarse de conocimientos reputados como científicos, originarse en apelaciones al sentido común imperante, en criterios de analogía, o tener bases religiosas o míticas. Para distintas culturas y para distintas prácticas, las justificaciones resultarán más eficaces o convincentes según que sus principios se apoyen en uno u otro lugar.

Lo relevante es que la justificación nunca está ausente. Precisamente estamos hablando de niveles estructurales de las Prácticas Sociales porque su incidencia en ellas es indeclinable. Así como no hay Prácticas Sociales que no estén normadas, no hay normas que no estén justificadas. Las justificaciones son mutables, variables, pero densas, nunca presentan vacíos, nunca se carece de justificación. La norma jamás puede ostentarse como arbitraria, desnudarse como mera imposición: siempre se ha de poder decir su por qué, siempre se desplegará una causa o razón para su vigencia.

Aun en aquellas prácticas más ostensiblemente organizadas según fórmulas reglamentarias convencionales como, por ejemplo, las prácticas

deportivas, cada norma se justifica por su coherencia con las demás, por emparejar las posibilidades de los bandos o participantes, por mejorar el interés del espectáculo, por preservar la integridad física de los jugadores, por favorecer su desarrollo atlético o muscular o por la causa que el ingenio, el saber o la habilidad retórica pueda construir.

Es tan importante distinguir los niveles como reconocer su interacción: norma y justificación pueden o no ser conscientes, pueden o no ser explícitas, pero están permanentemente estructurando las Prácticas Sociales, yaciendo en ellas, proveyéndoles la mecánica para su ejercicio y también constituyendo los lugares en los que se dibujan sus transformaciones.

El Nivel Significativo de las Prácticas Sociales contiene el orden o campo del sentido. Con toda la amplitud de interpretaciones que tiene esta frase, sin embargo marca algo suficientemente específico: la aparición de valoraciones, de representaciones, de menciones, que se ponen en juego en el ejercicio de la socialidad, que son portados por los sistemas de Hablar y de Habitar.

Pensar en lo que significa una práctica es ponerse en un lugar distinto de aquel que la registra como una operatividad reglada y también de aquel que reconoce los criterios que la justifican y avalan su pertinencia y utilidad. En primer término pensar en el significado de una Práctica Social requiere ponerla en relación con las demás prácticas vigentes en esa socialidad, porque precisamente significa a partir de sus diferencias y equivalencias con las otras prácticas, porque remite, alude a otras alternativas. En segundo término, y en razón de esa contextualidad, las Prácticas Sociales recogen una tradición, sea para confirmarla, ampliarla o negarla, o bien irrumpen como mutaciones en un marco, que es el parámetro de reconocimiento de esa irrupción: las Prácticas Sociales así pensadas están en la Historia o, más rigurosamente, son la Historia.

Existe un Nivel Significativo, entendido como un nivel estructural de las Prácticas Sociales, porque el orden del sentido es irreducible a la normatividad

y la justificación. Que el nivel significativo no pueda ser deducido, conducido, resuelto y disuelto desde los otros niveles no implica que esté desvinculado de ellos, que se cierre o agote sobre sí mismo.

Se trata del lugar específico que posibilita la crítica de las Prácticas Sociales. Estamos hablando de un significado que las prácticas producen a través del ejercicio de sus normativas y del reconocimiento de los marcos que las justifican, pero también de un significado que en tanto crítica propicia la reformulación y renovación de la norma y la justificación. Pero aún es más importante ver en la significación la razón de ser de las prácticas, el núcleo que las instaure; sin significación no hay Hablar ni Habitar.

El ordenamiento estructural según los niveles de la norma, la justificación y el significado se constituye en el acceso al análisis de las Prácticas Sociales estableciéndolos como momentos y discursos diferenciados e irreductibles. Sin embargo, es decisivo entender que esta organización en estratos no niega, sino que por el contrario exhibe y exige, en razón de su propia estructura, la existencia de vínculos entre ellos, la existencia de lugares donde es posible y necesario deslizarse de uno a otro nivel. Se descubren así sectores donde soplan corrientes ascendentes o descendentes que predisponen estos pasajes, sutiles pero permanentes corrientes que permiten reconocer la estructura hilvanada y solidaria de la norma, la justificación y el significado. Se trata de un ordenamiento que a través de estos canales de deslizamientos e interconexión se muestra no sólo como andamiaje metodológico sino como estructuración de la propia práctica. Ahora, entonces, el deslizamiento y la interconexión caracterizan también al análisis y lo analizado, al método y al tema.

4.2. De lo superficial y lo profundo en cada nivel

Para potenciar y afinar el desarrollo de la estructuración de las Prácticas Sociales trabajaremos ahora en la organización básica de los niveles, distinguiendo en cada uno de ellos dos napas que delimitan aspectos o dimensiones diferenciadas.

Las normas, las justificaciones y los significados tienen una napa superficial, externa, algo así como su piel, y tienen otra napa profunda, interior, que se correspondería con su espesor o volumen, dimensión a la que podríamos llamar el hueso. La primera es, entonces, más accesible, iluminada y directamente observable y la segunda es relativamente más oscura, más densa, más difícil de abordar.

Cada nivel está compuesto por ambas dimensiones, tiene siempre una superficie y un espesor. Es en la napa oculta, recubierta, volumétrica, donde residen las cuestiones decisivas, donde están las fuentes que alimentan el Hablar y el Habitar. Sin embargo, no puede prescindirse del aspecto más directo y ostensible ni tampoco puede subsumírsele en el más denso.

En el Nivel Normativo la distinción entre el aspecto superficial y el profundo o, en otros términos, la pertenencia de una norma a la piel o al hueso del nivel puede establecerse de la siguiente manera.

Cuando una norma aparece claramente como tal, sea por su carácter explícito, sea porque se patentiza a través de frecuentes transgresiones, sea porque al mencionarla o describirla se la interpreta y acepta como regla, en definitiva, cuando esa norma es reconocida como una *prescripción*, entonces estamos en la superficie, en lo iluminado y accesible. Por el contrario, cuando una norma presenta resistencias a ser reconocida como tal, cuando su transgresión aparece imposible o alocada, cuando su mención o descripción parecen cubrir un neutral y espontáneo ser así de las cosas, en definitiva, cuando esa norma funciona como una *regulación* difícilmente percibida, con resonancias de ley natural, entonces estamos en el espesor, en la dimensión más densa y profunda.

La diferencia entre las justificaciones, que ubica a algunas en la napa superficial del nivel y a otras en su cuerpo o interioridad, es la siguiente.

Cuando la justificación atiende puntual y separadamente a cada norma, cuando se refuerza por su multiplicación –capaz de dar cuenta de una norma

desde distintos ángulos y vertientes– pero no por su coherencia y continuidad con otros desarrollos justificatorios, cuando la justificación apela al argumento más persuasivo para sostener cada caso reglado, cuando en la justificación se reconoce la función directa de *legitimación*, entonces estamos en la dimensión superficial, expuesta y ostensible.

Cuando, por el contrario, la justificación se constituye como un todo orgánico, cuando contiene una lógica y continuidad interna, cuando busca y expone los principios que sostienen a las normas, cuando la función primera que se asigna a la justificación es la *fundamentación*, entonces estamos en el volumen, en la veta profunda y oculta.

El primero de estos deslindes de la justificación, el que contiene a las legitimaciones, tiende a ser dependiente y en algún sentido parasitario del nivel normativo. Responde, casi como un automatismo, para argumentar a favor de cada particularidad reglamentaria. En esta napa siempre se justifica ad hoc, para cada caso específico, en una tarea de apuntalamientos cuya disposición proviene exclusivamente de las normas. El conjunto de puntales queda así relativamente manifiesto, no es difícil descubrir su condición defensiva.

Cuando nos situamos en la napa profunda, en la constituida por las fundamentaciones, se produce una relación de interdependencia entre el Nivel Justificativo y el Nivel Normativo. Ahora, la lógica interna que articula las justificaciones, no sólo da cuenta de reglas sino que también es generadora de reglas. La propia exigencia de organización del Nivel Justificativo incide ahora sobre el Nivel Normativo, lo completa, lo sutaliza, en suma, lo recoge para responder a él pero también lo orienta para que no se presenten fisuras entre ambos.

En el Nivel Significativo la distinción entre la superficie y la profundidad es igualmente existente y quizá más fuerte y diferenciadora que en los otros niveles. Aquí no se trata de deslindar la ubicación de determinados significados en una

u otra napa del nivel. Aquí lo que se ubica en el exterior o en la interioridad son las formas genéricas del significar, los distintos modos de gestación y ejercitación del sentido.

Cuando las conformaciones y las voces, las nociones y las conductas que se manifiestan en las Prácticas Sociales remiten, recuerdan, aluden a otras entidades del Hablar y el Habitar, y cuando el campo de la significación consiste en ese juego de circulaciones y remisiones en circuito cerrado, cuando el significado de los discursos y las actuaciones es la *evocación* de otras palabras y comportamientos, entonces estamos en la dimensión superficial, exterior y accesible.

Cuando, en marcado contraste con lo anterior, el significado primordial de las Prácticas Sociales es la demarcación y calificación de lo Real, cuando es el sentido de esas prácticas el que suscita las voces y activa las actitudes, cuando el significado primero de los discursos y las actuaciones es la *determinación* de aquello significado por esas palabras y esos comportamientos, entonces estamos en lo profundo, en la napa interna y encubierta.

Tenemos entonces, en la dimensión superficial, exterior y más fácilmente accesible –en la piel– el grupo constituido por las prescripciones, las legitimaciones y las evocaciones. Aquí se manifiesta el modo imperativo de la norma, el modo defensivo de la justificación y el modo asociativo del significado.

También tenemos en la otra dimensión, en la profunda, volumétrica, subterránea y más difícilmente abordable –en el hueso– el agrupamiento que comprende a las regulaciones, las fundamentaciones y las determinaciones. Aquí se manifiesta el modo en que la norma, la justificación y el significado *no se manifiestan*. Se trata, precisamente, de exponer el modo en que la norma parece encubrirse en la regularidad o la normalidad de los discursos y actuaciones; y en el límite, en la naturalidad y en la consecuente necesidad y estabilidad del Hablar y del Habitar.

Asimismo, habría que exponer el modo en que la justificación parece ser solamente orgánica y coherente fundamentación de un sistema que posibilita entender las normas y dar cuenta de ellas a partir de la lógica interna de esa totalidad explicativa. Por último, se trata de mostrar que el significado no es meramente una ostensible mención de las cosas sino que es determinación de las cosas; habría que exponer la napa donde parecen anularse las distancias entre el ser, el consistir, el estar y el propio significado, donde el significado no hace que las cosas, las personas y los comportamientos sean, pero sí determina qué es lo que son.

Cada uno de los niveles contiene una superficie y un espesor, una piel y un hueso, cuyas proporciones son variables según las prácticas y las culturas.

Se pueden recorrer los niveles atendiendo a las prescripciones, las legitimaciones y las evocaciones. Se encontrará el vínculo entre la legitimación y la prescripción a la que la primera convalida, sostiene y apoya; se encontrará también un sentido de las prácticas consistente en las relaciones asociativas que establece con otras prácticas, otras presencias y actitudes, otros discursos y actuaciones. Este recorrido por las superficies de los niveles encontrará los vínculos superficiales entre los niveles. No se trata de vínculos irrelevantes o despreciables sino de vínculos que se ordenan según la eficacia del reaseguro y recirculación; se trata de vínculos que, sin embargo, no poseen la capacidad de ligar estructuralmente a los distintos niveles.

Si el recorrido por los niveles se hace a través de sus espesores, de sus dimensiones profundas y corpóreas, si se los recorre atendiendo a las regulaciones, las fundamentaciones y las determinaciones, se encontrarán otros vínculos entre ellos. Se encontrarán los nexos indisolubles, aquellos que configuran a este ordenamiento estratificado en una estructuración de las Prácticas Sociales. Se podrá reconocer en esa estructura que ninguno de los niveles es anterior a los otros, ni ninguno de ellos está subordinado a los demás; que es la interacción entre ellos lo que transforma e instaura las Prácticas Sociales.

La interconexión entre los niveles, con sus movimientos alternativos de generación y transformación, no anula las diferencias entre la norma, la justificación y el significado sino que confiere ajuste y complementariedad al conjunto de niveles. Se verificará que toda incidencia sobre los modos de Hablar y Habitar es de alguna operatoria en este triple y preciso acoplamiento de los niveles estructurantes de la socialidad.

Nivel Normativo, Nivel Justificativo y Nivel Significativo: andamiaje metodológico para el análisis de las manifestaciones del Hablar y del Habitar que contexturan las prácticas sociales. Nivel Normativo, Nivel Justificativo y Nivel Significativo: estructuración de los discursos y las actuaciones, los tres niveles organizan y sustentan de manera permanente e indeclinable las Prácticas Sociales.

No hay práctica sin normatividad, no hay norma sin justificación, no hay normatividad justificada sin efecto de significación. El estar y el hacer del hombre se diferencia del yacer de la piedra, del armarse y diluirse de la nube, de los inevitables tropismos de la hoja, de las funcionales migraciones de las aves, por la emergencia de cualquiera de los tres niveles y por la inevitable coexistencia de todos ellos.

5. Nueva aproximación a la noción de teoría

Comenzamos diciendo que no era casual ni ingenuo intentar abordar la Teoría por medio de aproximaciones, ahora debemos decir que probaremos otra aproximación para intentar saldar las deudas que fuimos contrayendo. Ese pasaje prometido en el título, el pasaje de la descripción a una Teoría apenas fue delineado, apenas unos mojones para indicar un rumbo posible, apenas ciertas noticias pregonadas para suscitar el afán de saber más, apenas unas premisas para sostener que esos saberes son instrumentos para la acción. Respetando el principio de la simetría la aproximación reincidirá en el uso de la metáfora.

Metáfora del patio mojado

Esta narración proviene de sucesos familiares, domésticos, de recuerdos de infancia que, sin embargo, nos parecen capaces de mostrar o sugerir perfiles relevantes y profundos de la noción de Teoría.

El caso es que ha dejado de llover, el cielo se ha despejado de nubes, el agua se ha volcado en las rejillas y se ha evaporado la capa superficial que cubría el embaldosado; pero siempre existen ligeras depresiones donde se acumulan charcos de agua. Junto a esta situación, la premura infantil por “salir a jugar” al patio y la mesura de los mayores que previenen que así “se ensuciará todo”. La solución será entonces “secar el patio”: con secadores de goma o simples escobas se arrastrará el agua hasta las rejillas si es mucha, o simplemente se la esparcirá para que luego, en breve tiempo, todo quede seco.

En esta metáfora la Teoría no es asimilada a una mirada calificada sino a unos escobazos ansiosos. Se parte, sí, de delimitar algo como obstáculo, en este caso los charcos de agua –simbólicamente la duda, la incertidumbre– que dificultan hacer algo. La duda, la humedad, concentrada en unos reducidos sectores, para su resolución debe ser extendida. El patio, que en vastas áreas lucía la pulcritud de la certeza pasa ahora a estar casi íntegramente atravesado por el cuestionamiento, por la fluidez del líquido. Vale dejarnos llevar por la sugerencia de la idea de atravesamiento: sea para alcanzar las rejillas, sea para provocar la dispersión. El arrastre del agua no sigue la retícula del embaldosado, disloca los compartimentos, el preestablecido ordenamiento de los saberes. De pronto el patio se lee de otra manera, se ordena según la ley impuesta por la amplitud de la duda, por la estrategia adoptada para superarla. La lógica de la Teoría no sigue la conservadora cautela de preservar los espacios de certeza, sino que se orienta por la osadía de los impulsos destinados a alcanzar otro saber, a secar el patio para satisfacer el improrrogable apetito de jugar.

Es cierto que esta situación se pudo resolver de otras maneras: por la pasividad de la resignación o, más drásticamente, si el constructor le confiere al

piso del patio fuertes pendientes hacia las rejas del desagüe. En este caso el precio es demasiado alto, en este patio muchos juegos se dificultan o se deterioran, pero hay un juego esencial que se imposibilita: ya no se puede “jugar a secar el patio.”

La certeza y la sequedad –o la sequedad de la certeza– quedarían a salvo, garantizada la estabilidad de la retícula conformadora y confirmadora, rápidamente superada la contingencia de la duda y la lluvia, que se deslizan inmediatamente al oscuro alivio del desagüe, y hasta quedaría asegurado que no “se ensuciará todo”. Ciertamente ese patio es posible, pero no vale la pena, porque lo única certeza que podemos tener es que volverá a llover.

Pero no, no es así: también tenemos la legítima certeza de que empecinada, esperanzada y gozosamente volveremos a secar el patio.

Notas

* Este trabajo está originado en el ámbito del Proyecto Integrado “La Teoría del Habitar: una Interdisciplina para el conocimiento y la transformación del espacio social” acreditado y subsidiado por la Universidad de Buenos Aires y la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.